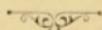


B. VICUÑA MACKENNA



# Doña Javiera de Carrera

RASGO BIOGRÁFICO

Leído en el Círculo de Amigos de las Letras



SANTIAGO

**Guillermo E. Miranda, Editor**

51, AHUMADA, 51

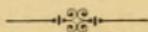
1904

---

LIBRERÍA, IMPRENTA I ENCUADERNACION



## Doña Javiera de Carrera



«Si hubiera sido un poquito egoista no estuviera envuelta en ruinas de que nadie puede librarme. Te juro por mi honor que viendo a UU. felices, mi suerte me importa muy poco.»

*(Carta inédita de doña Javiera Carrera a su hermano don José Miguel, fecha Buenos Aires, Setiembre 15 de 1817).*

✓ El miércoles 20 de Agosto, a las doce de la noche, ha dejado de existir la venerable matrona chilena doña Francisca Javiera de Carrera i Verdugo, a la edad de mas de 80 años. Se ha apagado una gran vida i desaparecido uno de los actores de aquel drama de gloria i de martirio que redimió a los chilenos como pueblo. Pero al caer del árbol de los recuerdos esta última hoja de gratitud i veneracion,

el mundo en que vivimos ha pasado, vestido de carreta, preguntando solamente:

—«¿De qué edad ha muerto? ¿De qué enfermedad?» i sobre todo «¿Cuánto dejó de herencia?»— pregunta tan esencial como los sacramentos en todo lecho mortuario en nuestra tierra.

Pero acaso no faltan en el carnaval de la vida almas mejor templadas que desean interrogar un instante las pájinas escondidas de la existencia de esta ilustre chilena, cuya memoria ha comenzado desde ayer como un timbre de nuestra historia i como una herencia de nuestra posteridad, este codicioso albacea de todos los nombres ilustres, que no da treguas al tiempo ni a la tumba. Nosotros, que escribimos ya muchas responsables pájinas delante del respeto de las canas de aquella ínclita matrona, vamos a ensayar ahora un bosquejo de su vida delante del respeto de sus cenizas.

Nació doña Javiera Carrera i Verdugo en la ciudad de Santiago el 1.º de Marzo de 1781, i fueron sus padres don Ignacio de la Carrera i doña Francisca de Paula Verdugo, personajes que tenian en la colonia los primeros puestos sociales, por el caudal de su fortuna i los blasones de sus casas solariegas.

Habia sido fundador en Chile de la raza a que perteneció la mujer ilustre que acaba de morir, el jeneral don Ignacio de la Carrera, «que dejó ilustre familia,» dice el historiador Pérez García: espresion

que fué profética i que hubiera sido mas certera si, ademas de ilustre, hubiérala llamado «familia de mártires.»

Comenzó, en efecto, la desventura de este nombre junto con su mérito i su grandeza, porque aquel capitán que fué Presidente interino de Chile i alcanzó en Arauco una señalada victoria (1664), despertó émulos por sus hechos i fué condenado a muerte, escapándose al ser ejecutado por la piedad de su confesor i del verdugo. Cuentan con lástima su ajitada vida todos los historiadores del coloniaje, como los de los modernos tiempos contarán con lágrimas la de sus hijos; i por no alargar este bosquejo, no la recordamos aquí en sus mas señaladas peripecias.

Un siglo después, aparece un biznieto de aquel famoso «jeneral de armas,» que tenia su mismo nombre, don Ignacio de la Carrera, de correjidor de Coquimbo i dueño de un gran caudal, ganado en las minas de Tamaya. Fué éste el abuelo de los cuatro ilustres Carreras i padre del conocido patricio de 1810, don Ignacio de la Carrera, que nació, segun parece, en la hacienda de Limarí, al pié de las serranías a que su familia debía su opulencia. Eran, pues, los abolengos de esta casa, que hoi es lícito citar sin adulacion ni rancia vanidad, dentro de los cinco grados de las primeras jeneraciones, el jeneral nombrado don Ignacio de la Carrera e Iturgoyen, su hijo don Ignacio de la Carrera i Lisperguer, su

nieto don Miguel de la Carrera i Elguea, que fué correjidor de Santiago i su biznieto don Ignacio de la Carrera i Ureta que acabamos de citar. Fué esposa del último una señora criolla de gran lustre llamada doña Javiera de las Cuevas, cuyo nombre se reprodujo por su hijo en la matrona cuya existencia vamos a bosquejar; arrojando ántes, al acaso, sobre el papel, esa asociacion de nombres i parentescos que esplicará mas adelante el prestigio social i el predominio político que alcanzó la familia de Carrera, juzgada aislada, equivocadamente, por los escritores de la época, en contraposicion a la de Larraín, émula de aquella, que se llamó la de los «Ochocientos.»

Por su línea materna era doña Javiera nieta del oidor don Juan Verdugo, pues su madre doña Pabla, fué hija única de este magnate chileno, título más que suficiente para dar mérito y realce a esta última y notable mujer, en cuya jenerosa leche bebieron los Carrera, los brios que los hicieron héroes i las voluntades sin valla que los empujaron a la rebelion i al cadalso.

Fué, en verdad, doña Pabla Verdugo, una mujer, por muchos títulos superior i anticipada a su siglo. Como hija única, tuvo pingüe herencia, siendo parte de ella la valiosa hacienda de San Miguel, i como fuera rica i noble, diéronla una educacion especial i casi brillante para su época. Dícese de ella, que cultivó la música, la jeografía i algo de lenguas, en

especial el latin, que aprendiera en los mamotretos del oidor su padre. No era, cual la pinta la tradicion, aventajada de figura, por ser en extremo pequeña, pero suplía a la estatura el donaire de sus modales, la sagacidad de su trato i el buen gusto de sus conversaciones de salon. Su marido, al contrario, era un hombre de exterior bellísimo, pero sin mas prendas morales que una gran bondad.

Trabajaba este último por aquella época en la hacienda de Naltahua, propiedad de su padre, que colindaba, Mapocho por medio, con la de San Miguel. En aquellos tiempos se hacian los matrimonios por «haciendas,» ni mas ni ménos como suelen hacerse todavía; i así, por los años de 1780, casáronse los herederos de San Miguel i de Naltahua, borrándose con la bendicion sacerdotal el cauce del rio que separaba, sino los corazones de los contrayentes, las tierras de aquellos fundos. Tenia a la sazón don Ignacio poco mas de 30 años, pues habia nacido en 1747, i su esposa debia ser mucho mas jóven.

El primer fruto logrado de aquella union, fué la mujer cuya memoria queremos arrebatár con estas líneas a la ingratitud i a la preocupacion de sus contemporáneos. Sus tres hermanos (que ya no serán olvidados!), nacieron en los diez años subsiguientes—Juan José en 1782—José Miguel en 1785—Luis en 1791; siendo de notarse que el primero i el ménos ilustre de aquellos exhibió desde la cuna las

extraordinarias facultades físicas que formaron su principal valer.

«Fué Dios servido, dice su padre don Ignacio en una carta autógrafa a un pariente suyo (fecha Julio 17 de 1782) que debemos, como muchos otros datos curiosos al hidalgo caballero don Francisco de Paula Figueroa, sacar a Paulita de su parto, dando a luz un niño, a quien en la pila se puso Juan José, que ofrezco a Ud. para mayordomo o vaquero, que seria mui propio por lo robusto y grande de él.»

Creció doña Javiera en el regalo de su abuelo el oidor Verdugo, ya anciano i valetudinario, i en la ríjida enseñanza de su madre, que era tan cortesana como piadosa. Mas, ámbas perdieron en breve a aquél, porque le mató un macho de Cuyo que solia montar para su solaz en su hacienda de San Miguel. I aquí salta al ojo otra coincidencia fúnebre en la cadena de desdichas que ha aflijido a esta familia sin ventura; i es la de que si doña Pabla perdió a su padre por las mañas de un animal de Mendoza, pereció mas tarde, el mas ilustre de sus hijos por la rabia de otra bestia de la especie i del lugar, el salvaje arriero, Albino Gutiérrez, brigadier, ¡oh indecible mengua! de los ejércitos de Chile.

Recibia doña Pabla de preferencia en sus salones, cuya suntuosidad vieron en vestijios los que conocian, hasta hace poco, la casa tradicional de los Carrera, a aquellos de los chilenos que habian visitado la Europa como el tesorero Manso, el canónigo La-

rrain, el coronel de artillería Araos i un hidalgo muy celebrado en la pequeña corte de Santiago por la cultura de sus modales, llamado don José Semerino. En medio de este círculo escojido de hombres sérios, educóse doña Javiera con gran recojimiento hasta que cumplió su edad núbil.

Era la nieta del oidor Verdugo, bella, recatada, opulenta, i su madre pasaba por la primera matrona de la aristocracia santiaguina. Enamórose de tantos atractivos un jóven caballero hijo de un mercader, que a la par de la nobleza de los pergaminos, poseía el de los doblones, que entónces entraba ya tan de moda entre nosotros, que a fuerza de su prestigio universal, parece hoi dia fuera tan antigua como Chile. Llamábase el pretendiente don Manuel de la Lastra i era un apuesto mozo, aunque educado en el comercio. El distinguido jeneral patriota don Francisco de la Lastra fué su hermano.

Pidió el jóven negociante la mano de la mas codiciada beldad santiaguina, que entónces retozaba en sus quince abriles, aun no cumplidos; i, fuera susto, o fuera infantil coquetería, la novia habló de hacerse monja... Pero no valió la timidez ni el artificio.

«Como tú te fuiste (escribia doña Pabla a una cuñada suya i amiga de su mayor intimidad el 9 de Marzo de 1796) las cosas andan por su cuenta. Tienes a la monjita de tu sobrina Javiera, que el fruto que sacó de ejercicios fué no entrar en el Cármen,

sino de dos en celda. Don Manuel Lastra es causa de esta novedad; nos ha quebrado la paciencia, i acreditándose de mal gusto. No tengo qué decirte, porque lo conoces i sabes sus notorias prendas i *circunstancias*, agregándose mucha complacencia de sus padres, que es nuestra mayor satisfaccion.»

I es de advertir que esta confidente matrimonial de doña Pabla habia sido tambien una tímida belidad llevada temprano al altar por la mano diligente de una madre, que le *quebró la paciencia*, ya que no era dable a su amante quebrarle el corazon.

«Desde que llegamos (decia la madre al pretendiente de su hija en la primavera de 1767, desde Santiago, ciudad en que el matrimonio es atmosférico como el romadizo, por lo que las mas veces andan juntos en los crudos meses de inviérno, i despues de un viaje a la costa, que fueron siempre viajes de amoríos i mucho mas si acompañan a las familias capellanes) no he dejado de decirle, aunque el *sí* no lo ha dado desnudo. Siempre queda en bosquejo. Dice no la apure, que en manos de Dios está puesta. Con lo que a Dios rogando i con el mazo dando.»

Fáltanos solo decir, si no hai en ello indiscrecion, pues contamos cosas de otro siglo, que aquella jóven cuyo *Sí* se le atajaba en la garganta al punto de hacer necesario el uso del «materno mazo,» fué la amable i espiritual matrona doña Damiana de la Carrera, hermosa niña que entónces frisaba en sus

20 primaveras i feneció en 1834, a la edad de 86 años, dejando una numerosa projenie fruto de aquel tímido *Sí* que no tardó en otorgar a su madre o al «mazo.» Era esta última la abuela de los Carrera, doña Javiera de las Cuebas, mujer tan adelantada en las artes sociales que escribía aquellas admirables palabras, que acabamos de citar como el compendio de toda una época, allá por el año de 1767, segun vemos en su carta orijinal.

✧ Casóse entre tanto nuestra doña Javiera, i vió en breve los frutos de su ternura i de su dicha. Nacióronle dos hijos bajo el blando techo de su madre; siendo así doblemente dichosa porque jamas hubo mas dulce sombra para la cuna de los que amamos que aquella en que fuimos amados. ✧

Pero los labios inocentes de aquella misma prole soplaron pronto una nubecilla en el hogar, que de liviano vapor fué condensando hasta formar una catástrofe. Era la suegra del jóven Lastra en su trato doméstico, una señora imperiosa i ufana que no gustaba oír en su mansion otra voz de dominio que la suya. Chocaba este sistema con la delicadeza del marido, i quiso emanciparse «poniendo casa» i un modesto ajuar a su jóven esposa: mas estorbólo la madre, a título de que era sola i que el rango de su nombre iba a padecer, si su hija se veía desalojada de sus fastuosas comodidades. En tal conflicto, el jóven ocurrió a su padre (que el de su mujer en nada tomaba cartas) i bien aconsejado, aquel le dió

un caudal de treinta mil pesos para que fuese a Buenos Aires a emplearlos en mercaderías europeas, que entónces se traian a Chile por la vía de las *pampas*, como se ha llamado ese océano terrestre. Aceptó el jóven marido el dinero i el viaje, porque ámbas cosas iban contra las pretensiones usurpadoras de su suegra, i a pesar de las lágrimas de la tierna doña Javiera, que le amaba con la doble pasion de esposa i de madre, partió aquel a su destino. Este fué, empero, el de la muerte, porque a las pocas jornadas ahogóse en el río Colorado, camino de la cordillera, donde, distraido por el dolor, echó su mula, (seria tambien cuyana?) sin oir las voces de sus criados que le advertian los peligros del torrentoso cauce.

Quedó pues doña Javiera viuda i con dos hijos huérfanos en aquella edad de la vida en que para muchas naturalezas delicadas brota en el pecho la primera flor o la primera espina de las ilusiones. Mas, el hado trájole un segundo esposo por el mismo rumbo en que habia perdido al primero

Cuando sucedia, en efecto, la catástrofe del rio Colorado, en esta parte de la cordillera, llegaba a Mendoza un letrado español, hombre de seso a la antigua, de noble alcurnia i que venia a Chile con el encumbrado título de asesor de la Capitanía Jeneral. Era este el doctor don Pedro Diaz Valdes, oriundo de Asturias, hombre de grandes dotes de bondad i de doméstica mansedumbre, emparentado

en la Península con personajes de alto valer, pues era primo del teniente jeneral de la Real Armada, don Cayetano Valdes, que figura como tal en los almanaques reales de los primeros años de este siglo, i aun decíase que su casa tenia algunas relaciones de consanguinidad con la del ilustre Jovellanos, que, como es sabido, fué natural de Oviedo.

Oyó el sensible asesor la relacion que hacian los caminantes de aquel lastimoso lance, i es tradicion de familia, que desde aquel instante le sedujo la ilusion de ir a reposarse de sus fatigas de viaje en el tálamo, a mitad vacío, de la bella i acaudalada criolla, consolándola en su temprana viudez con sus honores i su rango. El destino, i probablemente su futura suegra, vinieron en su auxilio, i al fin su sueño de Mendoza fué una realidad en Santiago. Desde el año mil 1800 el honorable asesor Valdes fué el pacífico i consagrado esposo de la señora Carrera, cuya desdichada edad de deslumbrador prestigio i desgarradoras desventuras iba ya a abrirse.

Pasaron para la señora Carrera de Valdes los primeros diez años de este siglo en la monotonía de sus deberes domésticos, interrumpidos solo por los saraos de la fastuosa Esterripa, la mas gallarda i amable de cuantas capitanas jenerales hicieron brillar los luceros de sus ojos andaluces i sus galas europeas en los salones de Santiago. Mas, a ejemplo de su madre, era al mismo tiempo doña Javiera mui dada á prácticas devotas, i en sus hábitos de

dama i de cristiana, se alternaban los bailes i las corridas de ejercicios. Por lo demas, no hubo para ella en esa época otros acontecimientos domésticos de alguna nota que el fallecimiento de su madre, que debió tener lugar por los años de 1806, i el viaje clandestino de su hermano don José Miguel, mancebo entónces de 18 años, a la capital del Perú, a consecuencia de una avería casual que hizo en la hacienda de sus padres, matando a un peon que le provocó a reñir.

Concluye aquí la primera faz de la existencia de la señora Carrera. Ciérrase la puerta del hogar, i se abren sobre la plaza pública las mil salidas de las casas de los grandes patricios que, tanto en las repúblicas antiguas como en las modernas, han conducido a aquellos a las eminencias del poder o del infortunio.

El padre viudo ~~i decayendo de espíritu con los~~ años, abdicaba el poder de su voluntad, i solo dejaba a sus hijos la veneracion de sus canas; miéntras que los últimos, ya entrados en la edad en que se olvidan los infantiles juegos para entregarse al azar de las pasiones, poníanse a buscar otro foco mas ardiente i mas íntimo a que arrimar sus almas perplejas delante de las novedades de la revolucion i que diera luz a sus pensamientos de vaga i jenerosa inquietud. De aquí se arranca el rol histórico de doña Javiera Carrera, la heroina de la *Patria vieja*, como en la nueva fué la mártir.

Era, en efecto, Juan José Carrera, el primojénito de los varones de su raza, en 1810, un mozo que contaba 28 años de edad, pero mui pocos de estudio i de trato social, por su afición decidida a los hábitos del campo.

Al gallardo Luis, al contrario, apuntábale apenas la barba en el rostro, si bien latía dentro de su pecho un corazón que fué nido de glorias. Al último, hábale criado casi a sus pechos doña Javiera, pues fué madre en tan tierna edad; i dominábale, en consecuencia, por esa especie de ternura, empapada de caricias, que hace del regazo de la mujer la emanación de irresistibles influencias. A Juan José, manejábale su hermana primojénita con la superioridad de su intelijencia, pues, por mas que se haya dicho, los talentos que no hubiese heredado doña Javiera, en aquella notabilísima familia criolla, los poseyó todos, i mas como un despojo que como un bien comun, no disputado, el ilustre José Miguel, el único hombre que entre todos los chilenos, sin exceptuar a ninguno conocido, se presenta a las jeneraciones llevando sobre su frente la fúljida diadema del jénio.

De esta suerte, en 1810 doña Javiera Carrera, lanzando a sus hermanos, que fueron dóciles a sus consejos hasta su última hora, en la arena de la ajitación, se hizo un gran nombre político i casi una potencia en la República.

Un año despues (1811), empujando a aquellos i

a José Miguel, recién llegado, a los vaivenes de la rebelion se constituyó por el éxito de sus empresas, en una suprema autoridad, i por último en el siguiente, el año 12, que pudo llamarse con propiedad el año de los Carrera, porque imperaron entón-ces con todo su esplendor i todos sus extravíos, fué aquella mujer la cúspide de la revolucion i el irresistible consejo de sus promotores.

La historia ha culpado a porfía a los Carrera, miéntras se mantuvieron en la cima del poder, de muchos errores, de muchas inconsecuencias, i si nos es permitida una palabra que pareceria criolla de nuestro suelo por lo bien que espresa los defectos de sus hijos, muchas «bellaquerías.» Pero nunca fueron tachados de crímenes ni denunciados como tiranos. Considerándolos, por esto, solo en sus extravíos, i no en sus virtudes públicas que fueron muchas i de una categoría elevadísima, lo mas que pudiera decirse en su agravio es que fueron, i otra vez pedimos excusa por el abuso de palabras, unos supremos calaveras.

Azotaban señoras godas; rodeábanse de bufones; rociaban los faldellines de tisú i *sobrepuesto* de las marquesas del viejo réjimen con aguas que no eran benditas; arrojaban a puñados por las ventanas de palacio los dineros del Estado, sin apropiárselos ellos, i aun llegaban hasta poner en lotería los decretos de gobierno, para que la muchedumbre pidiese lo que mejor le agradase, como sucedió a

aquel deudor del rico Chopitea, que para cancelar su crédito pidió, bajo los balcones de las Cajas Reales, la cabeza de aquel, dádiva que en el acto le fué otorgada por el aplauso i la aclamacion de los tumultuarios.

En todo esto tuvo, a no dudarlo, su parte de culpa i de responsabilidad la señora Carrera, bien que a nosotros nos cuesta mas todavía absolverla de su innecesaria participacion en los negocios públicos de su patria, por meritoria que aquella fuese. Pero la señora Carrera habia heredado la imperiosa voluntad de su madre i el espíritu turbulento i osado que era peculiar a su raza. Cómo cortar, entónces, las alas de su espíritu, cuando el vacío se hizo despues de la presion, cuando la luz derribó los muros del caos? Por otra parte, la señora Carrera era arras-trada hácia la suerte de sus hermanos por un sentimiento de orgullo de raza i de familia

La revolucion, recién nacida, encontrábase ya dividida en feudos domésticos, i unas casas, como la de Larrain i sus numerosos entroncamientos, sostenian los principios moderadores que entónces empezaban a llamarse «pelucones» por el peinado postizo que llevaban los magnates, miéntras los Carre-ra, como una tripulacion amotinada, se habian arrojado al piélago de la revolucion sin brújula ni pilotos i sin dejar siquiera fijo en la playa del pasado ningun cable que detuviera la nave cerca de los

puertos, donde podia salvarse de inminentes huracanes.

Una emulacion funesta, en la que tenia parte la vanidad casera, cundia pues en los espíritus de la aristocracia criolla de la capital, i doña Javiera Carrera se habia hecho cabeza de bando porque era la primojénita de su familia, que reinaba ahora omnipotente.

Pero si todo esto acusa a aquella matrona, haciéndola figurar en un rol que parecia usurpado, abónala una consideracion que, al hablarse de una mujer, no debe echarse nunca en olvido; i fué ésta la abnegacion sublime con que se consagró a los suyos, cual si fuera mas que hermana, la madre i la tutora de cada uno de aquellos hombres que tuvieron tan poca ventura, i que arrancaron tantas lágrimas a los corazones que saben llorar ajenas desdichas.

Proscriptos, en efecto, los Carrera, doña Javiera, esposa de un asesor del Reino i oidor honorario de su Audiencia, hombre de grandes influjos, que adoraba a su esposa con un orgullo casi insensato, i que en nada se habia comprometido contra los intereses de la metrópoli, pudo ponerla al abrigo de toda persecucion i aun colocarla a la altura social i política a que sus empleos le llamaban. Mas, la noble matrona, como ella misma decia mas tarde en la intimidad de sus congojas, no era «ni un poqui-

to egoísta, i por esto se vió envuelta en ruinas de que nadie pudo librarla.»

Con la emigracion de 1814 entramos pues en la segunda i última época de la existencia política de la señora Carrera, que es, con mucho, la mas bella i la mas adecuada a su mision de mujer i de chilena.

Instalóse la señora Carrera en el seno de la emigracion patriota que habia encontrado asilo en Buenos Aires, mas como madre solícita entre huérfanos hijos, que como mujer desposeida de honras i poder. Belleza en Chile sin rival, hacia pocos meses, realizada por la fortuna, la magnificencia de los puestos i la lisonja deslumbradora de los cortesanos de su gloria, todo habia cambiado ahora en derredor suyo, escepto su jeneroso i abnegado corazon. Doña Javiera era en el destierro una señora que vivia apartada de tratos sociales, modesta, laboriosa, empeñada solo en el bien de sus hermanos i del de sus leales amigos. Habitaba de prestado en casa del canónigo arjentino Don Luis Bartolo Tollo, quien la devolvia ahora una jenerosa hospitalidad, que recibiera de la casa de Carrera cuando se graduó en Chile en cánones; i como aquel sacerdote, tan benévolo como entusiasta, fuera pobre, la existencia de la señora durante los dos primeros años de la emigracion (1815 i 1816) corrió en la miseria, a punto de poder describirse su hogar en esa época, usando apropiadamente la lastimera espresion con que Juan

José Carrera pintaba a su hermano José Miguel, ausente entónces en Estados Unidos, las aflicciones de su techo de proscripto. «Ya no nos queda prenda que vender, i muchos días no comemos sino lágrimas!»

A principios de 1817, año de supremas reparaciones para la América rebelde, brillaron ante los ojos de los proscriptos de Buenos Aires lampos de esperanza que iluminaron un instante los sombríos horizontes de su cautiverio.

Hácia el occidente, Chile era redimido por las armas argentinas, i por opuestos senderos regresaba José Miguel Carrera de su asombrosa mision a Norte América, trayendo una fuerte marina bajo sus pendones. Pero las esperanzas de los Carrera en sus desventuras fueron, como sus triunfos i su gloria en la omnipotencia, fuegos fatuos que el viento de la fatalidad apagaba en breve. Los vencedores de Chile, aun no arrollado del todo el enemigo comun, volvieron sus bayonetas, a guisa de puñales, contra el bando carrerino, i las autoridades argentinas, por instigaciones venidas de ultra-cordillera, se cebaron en la persecucion de los caudillos de aquel partido político que pereció casi entero en los cadalsos.

Fujitivo don José Miguel en Montevideo, preso en un ponton don Juan José i errante Luis, su desdichada hermana, ajeno su pecho a toda otra ambicion que no fuera restituir su perdida ventura a

los suyos, ocupábase solo de planes de tranquila felicidad en playas apartadas.

«Qué vida es ésta tan triste, escribia a su hermano José Miguel el 3 de Julio de 1817, i lo peor, la incertidumbre que es para mí el mayor de todos los males! Si algun dia nos veremos libres en Norte América? Lo deseo mas que la vida!» Pocos dias despues, acaso para consolar al proscripto, volvía a escribirle (24 de Julio) estas palabras que descubren su cordura i sus mas íntimos votos de mujer. «San Martín me decia que cimentado el gobierno de Chile con la solidez debida, podían Uds. volver, i que viviríamos tranquilos, única ambicion de tu Xaviera.» Pero volviendo a su tema favorito de una lejana espatriacion, añadía una semana mas tarde. «No sé si te he dicho en mis anteriores que padre está tambien mui animado a vender sus fundos i venirse, para en mi compañía, pasar a Norte América. ¡Qué dia de gloria si esto se verifica! Daría un adios a mi hermoso Chile, con resignacion para no verlo por mi vida!»

Mas ¡ai! todo era sueños, delirios de un alma enferma de impotencia, esa tísis del alma que mata a ciertos seres como la tísis del pulmon... «He dado infinitos pasos, escribia por aquellos mismos dias la infeliz señora a su hermano ausente, para poderte mandar algun dinero, sabiendo la escasez en que estás; pero hasta ahora, todo es inútil. Solo cincuenta pesos es el tesoro que he podido adquirir; Te los

remito, hijo mío, con vergüenza, pero lo que falta en dinero sobra en mis deseos.»

Tenemos sobre la mesa en que escribimos, una estensa coleccion de cartas de aquella infortunada señora que fueron el precioso legado del último de los vástagos de su nombre, cuya desaparicion, tan semejante a las de sus mayores, aun lloran muchos leales corazones; i a la verdad que admira i edifica la entereza de aquella matrona chilena cuya alta frente jamas abatió ni la cuchilla del verdugo. Todas sus palabras son de consuelo, de creencias cristianas, de intenso amor por cuanto llevaba su nombre, i mas que todo, de una abnegacion sin límites, basada en el olvido de sí misma.

La redaccion de todas estas piezas acusa, por otra parte, la clara intelijencia de su autora: es una dición precisa, sostenida, palpitante, i sobre todo llena de calorosa espontaneidad, sin rodeos de engaño ni esos mil artificios de estilo i de hechiceras mentiras que son el arte epistolar de las mujeres. Solo a veces el humor travieso, que hizo a los Carrera tan célebres casi como sus grandes infortunios, se escapa entre los ayes de la pena en las pájinas íntimas de la ilustre desterrada.

«En la «Casa grande» (la lojia de Buenos Aires), decia a don José Miguel, cuando se fugó éste a Montevideo, en Abril de 1817, se ha hablado mucho de esto i me aborrecen de corazon. Agrégase a esto que dicen que te fuistes con Luis, i este es otro

cáustico que alza ampolla.» Pocos días mas tarde (marzo 7) contando las dificultades políticas que rodeaban al «guacho» O'Higgins en Chile, volvía a decir estas palabras, que recuerdan involuntariamente aquello de *a Dios rogando i con el mazo dando*, con que su abuela materna doña Javiera de las Cuevas *quebró* el corazón de su hija rebelde al himeneo: «Yo digo, por mi parte, madre mía de los desamparados, ahora es tiempo que limpieis a Chile de todos los malvados!»

Mas no pasó mucho tiempo sin que a las amarguras de la miseria se juntasen las de las catástrofes. A mediados de 1817, Luis i Juan José Carrera fueron aprehendidos en Mendoza, procesados como reos de conspiracion i sentenciados a muerte. Ya en otro lugar hemos contado esta horrenda tragedia, i la parte de indiscreto consejo, de incansable solicitud i de supremas aficciones que cupo en ella a la hermana de los dos mártires de Mendoza, inmolados el 8 de Abril de 1818, tres días despues de la jornada de Maipo.

Supo la infeliz señora la nueva del desastre por las músicas i repiques que anunciaban al Plata la victoria de sus hijos; porque tan grande fué la desdicha de los Carrera en el otro lado de los Andes, que el destino les arrancaba aun la parte que debia caberles del comun regocijo, para que al llevar a los lábios la embriaguez del patriotismo, encontraran solo heces i sangre en el cáliz de su castigo.

Estuvo doña Javiera al perder la existencia por este suceso en el que ella misma se acusaba de imprudentes insinuaciones. «Vuestra hermana, escribía a don José Miguel, el 23 de Abril de 1818, un oficial extranjero que la acompañaba en Buenos Aires, está postrada en cama, i hubieron momentos en que tuve pocas esperanzas por su vida.»

Pero las aflicciones de aquella desgraciada matrona iban solo a comenzar entónces. Su hermano, proscrito en Montevideo, meditó en los arcanos de su jenio una venganza de su sangre que fuera digna del holocausto de Mendoza; i semejante a Atila, se lanzó a los rios i a las pampas de aquella nacion aborrecida, llevando en sus manos el azote de la perdicion. La historia ha juzgado su rol de americano, de vengador i montonero. Tócanos solo decir aquí que su jenerosa hermana corrió en todo su infeliz suerte, como podia, en la distancia i en el desamparo.

Al saber en Buenos Aires que don José Miguel Carrera se habia reunido al jeneral Ramírez en el Entrerios, el gobierno de la ciudad arrestó, en efecto, a doña Javiera en su casa, poniendo dos soeces centinelas a la puerta de su dormitorio. Desterráronla, en seguida, cuando arreció la tempestad, a la Guardia de Lujan, un fuerte de la Pampa, donde el rigor del clima enfermaba aun a los soldados. Despues de muchos meses fué eonducida con su salud postrada a la villa de San José de Flores, en

la vecindad de Buenos Aires i mas tarde encerráronla en un convento.

Como los planes de su hermano pareciesen desvanecerse, la señora Carrera consiguió al fin su libertad; pero apenas se sublevó el ejército del Alto Perú en la posta de Arequito (7 de Enero de 1820) i Carrera se incorporó en sus filas, recelosa doña Javiera de nuevas vejaciones, escapóse a pié de Buenos Aires, i siguiendo la playa del rio fué a refugiarse, con el auxilio del entusiasta aventurero ingles Jewet, a bordo de una fragata de guerra del Brasil que estaba anclada en la embocadura del riachuelo de Barracas. «Doña Javiera Carrera, escribia el ministro de Chile Zañartu al Director O'Higgins el 16 de Enero de 1820, fugó, sin que se sepa a dónde, el mismo dia que llegó la noticia de Arequito.»

Consiguió despues la infeliz proscripta navegar el rio i fué a asilarse en Montevideo, hasta que el jenio de su hermano, en alas de la victoria, derribó los muros de Buenos Aires, ciudad maldita que habia sido no solo el presidio de su raza sino el baldon de su gloria, i se proclamó en la plaza pública, dictador efimero e intruso, pero omnipotente. Voló doña Javiera a abrazarle desde la otra ribera del Plata; i aquel encuentro en que ámbos hermanos recordaron, a la vez, el luto de Mendoza i la gloria de sus mejores tiempos de prosperidad i grandeza, fué el último regocijo i el último adios

de aquellas almas que nacieron predestinadas para el dolor.

Doña Javiera, habia escrito a su hermano ántes de venir a verle, i al saber su triunfante aproximacion a la capital del Plata, estas palabras que fueron una profecía: «No faltan quienes digan aquí (Montevideo, Febrero 14 de 1820) que la acogida que te hacen es para engañarte. Acuérdate de todo, i si es posible, desconfía de tí propio»... Pero Carrera no escuchó esta voz salvadora; deslumbróse con el éxito, i no solo confió ciegamente en sí propio, sino que entregó su causa al atolondrado Alvear, que habia venido de Montevideo con su desconfiada hermana.

El 26 de Marzo aquel mozo, que tuvo asomos de jénio, como tantos otros hijos del Plata, pero sin escuela ni punto fijo de mira en su versátil mision, salia cabizbajo de Buenos Aires, perseguido con piedras por los tercios del pueblo, irritados de su petulante jactancia, miéntras Carrera le cubria la espalda con sus huestes de chilenos. Doña Javiera logró ocultarse en casa de una jenerosa amiga, cuya bondad pagó despues con usura el aprecio de los chilenos, la señora doña Dámasa Cabezon. Una carta de esta señora que tenemos a la vista, escrita a don José Miguel en aquella fecha, le anunciaba que su hermana estaba salva, i que al fin habia conseguido por influjos un pasaporte para trasladarse a Montevideo.

Cerca de dos años trascurrieron desde entónces.

Fueron los años del prodijio i del horror que nosotros hemos llamado «El Ostracismo de los Carrera»...

Un día de aquella infausta era, a últimos de Setiembre de 1821, doña Javiera habia ido en compañía de su jóven amigo el escritor don Manuel José Gandarillas, el capitan de artillería don Pedro Nolasco Vidal i el canónigo Tollo, que era su providencia en el destierro, a gastar algunas horas de su fastidio i ansiedad en una de las pintorescas quintas que pueblan la campiña de Montevideo. Habitaba la desventurada matrona de Chile una casa en la plaza principal, cuyo piso bajo estaba ocupado por un café, i al apearse a su puerta de regreso del paseo, observó que un caballero del pueblo llamaba con aire misterioso a Gandarillas. Subió la señora la escala, meditando confusa lo que aquello significaba, i cuando hubo entrado a su habitacion, rompiendo en amargo llanto, exclamó:—  
*José Miguel ha muerto!*

El presentimiento, esa voz muda del alma de la mujer que se arranca en sus incontenibles sollozos, no engañaba a la infeliz señora, pero engañábale ¡ai! su corazon. Su hermano no habia «muerto:» habia sido asesinado en la plaza de Mendoza, i en el sitio donde aun se levantaba el vapor de la sangre de sus deudos, el día 4 de Setiembre de 1821, por decreto del arriero Albin Gutiérrez, vencedor

de los invictos chilenos en la *Punta del Médano*.

La segunda catástrofe de Mendoza abatió de tal manera el ánimo i la salud de la señora Carrera, que durante muchos meses se desconfió de su vida. Tuvo esa enfermedad que ya ha desaparecido del mundo i que entre nosotros se recuerda solo como una tradición—«la melancolía.» Se enflaqueció su cuerpo hasta parecer un esqueleto, amoratósele el rostro, rompiéronsele los labios, perdió el cabello, i por último, se agotaron sus fuerzas, al punto de que su sirviente, el leal Cornejo, que acaba de cerrar los ojos de su ama, despues de medio siglo de lealtad probada, la llevaba en brazos en sus peregrinaciones por las haciendas de la Banda Oriental, que recorria acompañada de un médico para recobrar, acaso a pesar suyo, la salud de su físico, puesto que la del espíritu estaba para siempre perdida. Desde aquel dia, el mundo iba a ser para doña Javiera Carrera solo un cementerio.

Por este mismo tiempo, cuando ya doña Javiera comenzaba a recobrase, resolvióse a emprender su viaje a Chile la viuda de su desventurado hermano, mujer tan bella como infeliz, que tuvo por tálamo nupcial la tienda de campaña de su esposo, que concibió sus hijos en los calabozos i fuéles dando luz como una gazela perseguida de sabuesos entre las breñas de su errante cautiverio. Mas, para alcanzar aquel supremo favor de divisar otra vez el sereno cielo de sus lares, donde la aguardaban mil

consuelos domésticos de deudos i amigos, érale preciso ir a verter una lágrima a la puerta del delegado de aquellos hombres a quienes su corazon acusaba de verdugos.

La desgraciada viuda aceptó, por sus hijos que padecian hambre, tan grande sacrificio.

«La mujer de Carrera, escribia el ministro Zañartu al Director O'Higgins, desde Buenos Aires, con fecha de 16 de Abril de 1822, está para partir. Yo creo que nunca he hablado a Ud. sobre esta infeliz que merece por sus desgracias, por los chiquitos de que se ve cercada, por su estado i calidad, toda consideracion, mayormente de una alma grande, como la de Ud. Para mí, la mayor recomendacion que tiene es haber sido mujer de un enemigo mio. El amor propio bien dirijido se ofende de entender el odio mas allá del sepulcro; i Ud., que en su vida pública ha dado tantas pruebas de magnanimidad, debe alejar los motivos de que se sospeche persigue sin objeto loable los restos inculpados de aquel *facineroso*.»

Doña Javiera no quiso jamas aceptar para sí propia aquella dádiva insolente de los esterminadores de su nombre. Qué le importaba a ella, errante entónces en las rancherías de los hatos orientales, qué le importaba Chile i el universo, si ya no encontraria en parte alguna la imájen de los séres de su amor que el hacha del verdugo le habia arrebatado? No tenia ya hermanos, i éstos habian sido

para ella toda su existencia, desde que en su niñez retozara con ellos en las alegres vegas de San Miguel. que roban sus humedades i sus flores al Mapocho; desde que, como una reina popular, escoltada por las espadas de aquellos, habia hecho profusa ostentacion en los salones de la Moneda (palacio predilecto de los dictadores de 1812), de su lujo de gran dama i de su altivez de patriota; i desde que, por fin, sentados a la parca mesa de la proscripcion, habia dividido con aquellos su único pan amasado con ocultas lágrimas?

Su padre habia perecido tambien, sirviéndole de última sentencia la del cadalso de sus hijos, que sus enemigos le enviaron a su lecho de enfermo, poseidos de un vértigo satánico de esterminacion. De sus hijos, el único que estaba a su lado, don Pedro, habia marchado a Estados Unidos, para hacer su educacion en la marina, miéntras su bondadoso marido se encargaba de la custodia i alimento de los otros. Encontrábase pues, sola, desterrada, sin ningun humano amparo, repleto su corazon de agonía i enferma su mente con la contemplacion de tantos espectros inmolados. Solia ponerse, casi como un apodo que se dirijia a sí propia, al firmar las cartas que escribia en aquella época los nombres de—*la mártir! la loca!*—I sin embargo, de todo esto, aquella inclita chilena, tan altiva como apasionada, tuvo toda la entereza de ánimo de sus infortunios i resolvió quedarse en Montevideo,

hasta que el astro de su destino brillara con mejores luces.

De esta suerte, la señora Carrera prolongó su destierro hasta que, derribada la administracion O'Higgins i puestas las bases de un gobierno de conciliacion i patriotismo, quedó limpia de estorbos la senda de sus desiertos hogares. Embarcóse, en consecuencia, en Montevideo, por el mes de Febrero de 1824, i llegó a Valparaiso en el otoño de aquel año, despues de una próspera navegacion de cuarenta i seis dias. Fueron sus compañeros de viaje el capitan Vidal, don Manuel José Gandarillas i su fiel Cornejo. Era éste un antiguo mariscal herrador del rejimiento de la Gran Guardia, natural de la parroquia de Nilahue, que desde niño habia entrado al servicio del jeneral Carrera, siendo hasta su muerte su favorito asistente, con la escepcion del bravo Conde. Amábale doña Javiera como una reliquia de los suyos, i hasta su último suspiro no consintió que se apartase de su lado.

Fué la señora Carrera recibida en Chile con grandes muestras de respeto, porque aun aquellos que no olvidaban sus rencores políticos rendian el homenaje de una apropiada compasion a sus grandes infortunios. Pero doña Javiera no venia propiamente a buscar en Chile una patria, sino un hogar. Quería descubrir un sitio querido en que levantar a sus inmolados deudos un altar apartado que ella consagraria con sus recuerdos i sus lágrimas. La

patria no es el suelo; es el amor. Los hombres, como las aves, llaman pronto suyo todo suelo que les concede un nido donde abrigar su compañera i su prole, fruto i lazo de sus dichas.

Para la hermana de los tres mártires de Mendoza ese asilo único que anhelaba su alma lastimada, era el nido de aquella feliz niñez que compartió con ellos, i que, aunque destrozado por la intemperie i el enojo de sus enemigos, le ofrecia todavía sombra i sustento para sus viejos años en las selvas de San Miguel.

Apenas hubo llegado a Chile, en efecto, la señora Carrera dirijióse a aquella propiedad en la que ha vivido por un espacio de cerca de cuarenta años haciendo a la capital solo visitas ocasionales. Ultimamente dejó aquel techo, que ella hizo hospitalario para todos, solo con el objeto de acercarse al cementerio en que hoi descansan sus restos.

Solo cuatro años despues de su regreso a Chile, i muerto ya su esposo (1826), el excelente i manso Diaz Valdés, vemos aparecer el nombre de la señora Carrera en los acontecimientos de su patria que tenian alguna significacion política.

Pero esta única vez en que aquella mujer de corazon salió de su retiro, fué solo para pedir la espiacion de sus compatriotas sobre los manes de sus deudos, cuyas cenizas pisaba en el extranjero el casco de los caballos de sus inmoladores. Todos saben las pomposas exéquias que se hicieron a los

huesos de los Carrera, conducidos desde Mendoza por una comision de chilenos autorizada por lei del Congreso Nacional.

Tuvo lugar aquella ceremonia el 14 de Junio de 1828 durante la administracion del jeneral Pinto, a quien la señora Carrera contó desde su infancia entre sus mas leales amigos.

Desde aquel dia fúnebre, doña Javiera Carrera creyó dejar cumplida por entero la mision que el amor de sus hermanos i el entusiasmo de su carácter le habian impuesto, desde los primeros dias de la revolucion. Estaban ya devueltas al suelo de Chile aquellas cenizas para ella tan queridas, i se habia lavado con las lágrimas de todo un pueblo la afrenta del patíbulo!

Alejóse, en consecuencia, la señora Carrera, i ya de una manera irrevocable, de todo contacto con la cosa pública de su patria, i desde aquel momento su existencia de mujer no ofrece otras novedades que las que podian caberle en las consideraciones sociales que eran debidas a su rango, a su cultura i a sus infortunios.

La losa que habia cerrado la tumba de sus hermanos, cavada en el suelo de sus mayores, sepultó tambien el rol histórico de la señora Carrera. Cúmplenos a nosotros detenernos tambien aquí, pues ya era tiempo de cerrar una era de tantas desdichas, acumuladas sobre una sola e infeliz existencia de mujer.

La última faz de la existencia de doña Javiera de Carrera abraza un período de mas de 30 años. Ha sido la era del luto despues de la catástrofe, del retiro doméstico despues de las turbulencias públicas; de la vida íntima despues de las pasiones; la luz del iris despues de las tinieblas del horror; era verdaderamente solemne i melancólica, concedida como de gracia a un espíritu desengañado que llevaba la vida, no como una mision, sino como un culto de los recuerdos i una exijencia del deber.

La primera estaba ciertamente ya cumplida, pero al último faltábale todavía nuevas pruebas que arrostrar i que vencer.

✧ Fué aquella una mision de lágrimas, como no podia ménos de serlo para una mujer que se deja arrebatar de la ola de los tumultos que rujen mas allá del dintel del hogar, pero una vez lanzada por el destino en la voráGINE, la altiva heroina supo conservar ileso su gran espíritu i a la postre fué el único náufrago que pisó otra vez la tierra de salvacion.

Mas hermoso sin duda hubiera sido el rol de esta mujer tan ricamente dotada de todas las bellezas que elevan a los séres de su sexo a la categoría de los ángeles, el talento, la beldad, la pasion divina del entusiasmo. Pero el destino la arrebató desde temprano del sendero de las íntimas felicidades del corazon donde su jenio habria irradiado una benéfica influencia, sin que su gloria hubiera desperta-

do envidias ni maledicencias, a ejemplo de aquella gloria sin mansilla de su contemporánea doña Pabla Xara Quemada, madre de los pobres, con quienes partió su pan i sus lágrimas, que es el timbre mas elevado de grandeza a que la mujer moderna debe, en concepto nuestro, encumbrar sus ambiciones. Pero en este contraste de dos nombres ilustres entre nuestras compatriotas, hai, sin embargo, algo que las acerca—es el fuego de la pasion que encendió sus grandes espíritus i alumbró sus destinos. De doña Pabla Xara a doña Javiera Carrera, no hai en verdad mas distancia que la que en la balanza de la eterna justicia separa la beatitud del alma (no la del manton) de la resignacion en el martirio!

†La señora Carrera tuvo verdaderamente las dos mayores virtudes de su sexo:—la resignacion en Dios i la abnegacion de sí propia en las congojas de la vida. Podrá acusársele de haber amado demasiado, pero no de ninguna culpa de egoismo, que es la negacion de todo amor. Doña Javiera tuvo el culto de su nombre i el fanatismo de su raza, i por esto el castigo del esterminio fué para ella tan horrendo.

I sin embargo, su gran voluntad, nunca la alejó de su jeneroso apego a los suyos, aunque todos sus tesoros eran unos cuantos huesos profanados; i hoi dia, en que es gala social perder el nombre de sus padres para tomar el postizo de los maridos, la hermana de los Carrera, no se firmó nunca, hasta su

muerte, sino con la cifra que ellos usaron, sin apéndice alguno.

Pero de todas maneras si nos es lícito tocar otra vez a la puerta del hogar, parécenos siempre mas interesante i mas digna de su rol social, la solitaria de San Miguel que la proscripta de Montevideo. Lástima irreparable que la mujer no pueda ser heroína sino alejándose de su sexo! Judit, es un sarcasmo contra la mujer. Madama Roland, una usurpacion. Juana de Arco, apenas una gloria escasa.

En su retiro de San Miguel la señora Carrera volvió a dar muestras de las altas prendas de su organizacion, que el infortunio léjos de gastar habia hecho mas finas. Gustaba rodearse solo de hombres que descollaran por su intelijencia o su saber, sin que jamas se fijara en su posicion política. Vera, Gandarillas, Bello, Mora fueron mas de una vez sus huéspedes en su mansion de campo, que ella abria, a ejemplo de su madre, a todos los extranjeros de distincion.

✦ En cuanto a su manera social de recibir, hála caracterizado con propiedad uno de estos forasteros de nota, diciendo que le habia parecido en su retiro «una reina destronada.» Por lo demas, siempre ha habido una marcada aficion en todos los viajeros que han visitado a Chile por acercarse a esta familia, cuya desventura la ha hecho popular ántes de que la intimidad la haga querida. La viajera inglesa María Graham buscó con afan a la viuda de

Juan José Carrera, i cuando la hubo visto en la soledad del campo, le pareció tan bella que la comparó a una estatua digna de la Grecia antigua.

La señora Carrera se alejó de sus gratos jardines de San Miguel, que ella cultivaba con sus propias manos, solo para prepararse cristianamente al viaje de la eternidad. Admira su ternura no ménos que su incontrastable entereza delante de la muerte. Nombró albaceas que hicieran inventarios póstumos de sus bienes; pero ella hizo solo lo que podria llamarse el inventario de su corazon. Repasó en su memoria todas sus afecciones, aun las mas pequeñas, para enviar a cada una una palabra de adios; i no olvidó siquiera sus compromisos de sociedad, ni aun los encargos caseros mas triviales, porque desde su lecho de muerte ordenó que compraran con anticipacion el luto de su servidumbre. Ménos se ha olvidado de los pobres de quien fué jenerosa protectora, gastando en deberes de familia i en obras de caridad mas de lo que le producian sus rentas; porque la señora Carrera tuvo, no solo la virtud reflexiva de la jenerosidad, sino sus mas sublimes i espontáneos arranques.

Despues de la batalla de Lircay, muchos de los beneméritos jefes que habian militado bajo las banderas de sus hermanos, comieron por ella el pan de la persecucion, que hacia llegar a sus familias con las mas delicadas precauciones. Pero no era solo los dolores que ella podia consolar de cerca,

sino aun los mas lejanos los que la señora Carrera se empeñaba en mitigar. Sabiendo la pobreza de las monjas Trinitarias de Concepcion, les hizo una cuantiosa limosna, sin duda con ocasion del terremoto que en 1835 asoló a aquella poblacion, por lo que, aquellas buenas relijiosas le dedicaron una novena de la «Santísima Trinidad,» que corre impresa, i en la que ofreciéndole el sufragio de sus constantes oraciones la llaman su «insigne bienhechora.» Ahora mismo, la ilustre difunta ha dejado en su testamento una fuerte cantidad para mandas piadosas i secretas.

I en todos aquellos últimos aprestos no habia vanidad mundana, ni ociosa inquietud del espíritu. Era la actividad de una mente poderosa que se asía todavía con violencia a las fibras de su naturaleza quebrantada. Podia decirse, al contrario, que la señora Carrera moria en cierta manera reñida con la sociedad de la que vivia tan distante, i en verdad que hubiera merecido, hasta cierto punto, el reproche de su misantropía, si fuera dable echar en olvido que el duelo que llevaba aquella matrona en su corazon, era el duelo del cadalso!

La señora Carrera, por otra parte, habia encumbrado desde hacia tiempo a la rejion de lo infinito el altanero espíritu que la guió en la tierra.

La calumnia, que destrozó con aleve diente los fueros mas santos de su sexo, habíase entrometido a acusarla por su retraimiento de las prácticas de-

votas, juzgando como indiferencia lo que era solo un gran dolor. ¿Cómo, en verdad, pretender que se rompiera con la penitencia aquel arcano de lágrimas, cuando éstas estaban rodando todavía sobre el corazón? ¿Cómo ir a pedir el olvido de los perseguidores cuando por todas partes vagaban los espectros ensangrentados de las víctimas? ¿Cómo implorar la clemencia de lo Alto sin hacer un humano reproche a su justicia, que aun no parecía saciarse de martirios? Pero respetemos lo que ménos se respeta entre nosotros; respetemos la conciencia, que no es bien de los hombres sino herencia i lumbrera de Dios.

Los últimos momentos de la señora Carrera pertenecieron a su espíritu identificado con la creacion a que iba a volver. Dábanle nieve para calmar su agonía, i ella exclamaba, admirándose de aquel obsequio hecho ya a un cadáver, «que el Salvador del mundo tuvo como ella sed i le dieron hiel i vinagre.» Olvidaba la mártir de la historia, que ella habia apurado ya en su cáliz toda la ponzoña de la tierra, por lo que su alma estaba de antemano purificada i restituida a su primer oríjen...

Con la señora Carrera se ha estinguido la última chispa que aun quedaba en el opaco faro de 1810. Miéntras ella alentaba su varonil existencia; parecíanos que de las arrugas casi seculares de su venerable frente se arrancaban las luces de una diadema de vida, que ella llevaba como una personifica-

cion de los gloriosos tiempos de que su existencia era un monumento.

Pero encerrada ahora en el sarcófago de la eternidad, parécenos que todo lo que ella representaba ha desaparecido con su sombra. Podria decirse que en los funerales de esta ínclita matrona se habian hecho los últimos oficios de aquella *Patria vieja*, la patria de los Carrera, que fué toda de Chile, porque se ganó con su jénio i con su sangre; i con su sangre, i sin su jénio, se perdió en Rancagua.

Desde hoi las jeneraciones que lleguen a interrogar el pasado, preguntando por todas esas grandes cosas que han oido contar en la cuna a sus abuelos, no tendrán ya lábios que les respondan ni irresistibles inspiraciones que les alienten.

La gloria, el sacrificio, la aureola de esperanzas, todo lo que formaba, en fin, la personalidad del *Año diez*, ha ido ya al cementerio en el carro fúnebre que condujo los restos mortales de la venerable matrona de Chile doña FRANCISCA JAVIERA DE CARRERA.

Una última palabra todavía en estas reflexiones que nos arranca solo la espontaneidad de lo que creemos un deber nacional.

En medio de la desconsoladora apatía con que la ciudad de Santiago ha visto la desaparicion de la señora Carrera, el Gobierno ha dado, al ménos, un testimonio de urbanidad para con sus deudos, enviando uno de sus edecanes al cementerio en el co-

che de Gobierno i aprobando la manifestacion de la autoridad local que aparece del siguiente documento, que un amigo nos ha traído a última hora, i dice así:

*Santiago, Agosto 21 de 1862*

«Habiendo fallecido la respetable matrona doña Javiera Carrera de Valdes, que por tantos títulos se hizo acreedora a la gratitud pública, de acuerdo con el Supremo Gobierno, se concede a sus deudos el permiso necesario para que el cadáver pueda ser depositado en la iglesia del convento de San Francisco, donde deberán hacérsele los oficios de cuerpo presente mañana 22 del corriente, i para que terminadas éstas, a cualesquiera hora del dia que fuere, sean conducidos al panteon jeneral.

Anótese i preséntese a la policía i oficina de establecimientos de beneficencia — *Bascuñan Guerrero*. — *Cárlos A. Roger.*»

Entre tanto, cuando llegó a Chile la lúgubre noticia de la doble inmolation de los Carrera, hubo beneplácitos públicos i regocijos íntimos de innobles venganzas; pero apenas habian corrido dos lustros, el pueblo entero asistia de rodillas a la espacion de la afrenta hecha a los héroes.

...Puede que un dia, no lejano, la posteridad se apodere de esta gran figura de mujer, que el infor-

tunio arrojó del pedestal de la grandeza en hora demasiado temprana, i le consagre a su turno la reparacion de la justicia!

Santiago, Agosto 31 de 1862.

